

Liah GREENFELD, *The Spirit of Capitalism: Nationalism and Economic Growth*. Harvard University Press, Cambridge, 2001.

La Pregunta

La gran pregunta de la ciencia económica es, de hecho, averiguar el origen del crecimiento económico. Y el recurso a la historia económica, para indagar que es lo que ha causado el crecimiento económico de los países desarrollados, es una de las formas de dar respuesta a la misma.

En tiempos recientes, tanto economistas teóricos como historiadores de la economía se han vuelto a plantear esta gran pregunta, y tanto desde el análisis econométrico (Xavier Sala dice haber efectuado millones de regresiones para averiguarlo, aunque al final religión y geografía vuelven a aparecer como grandes determinantes), como desde la historia cualitativa (por emplear el término en el sentido de no-econométrico) se han intentado dar respuestas a esta gran pregunta. Esta obra debe encuadrarse en esta especie de vuelta a los orígenes. Pero además, y como se expresa en la introducción, el estudio se hace desde una nueva perspectiva. Liah Greenfeld es socióloga/antropóloga social (según su misma declaración), pero con un enfoque de ciencia social total. Seguramente, esta afirmación llevará a muchos economistas e historiadores de la economía a descalificar el estudio, orgullosos de las fronteras y la especificidad de sus conocimientos, y, sin embargo, la voluntad de enfoque multidisciplinar, o en términos sencillos, la idea de una ciencia social total es uno de sus mayores atractivos. Porque el libro está lleno de sugerencias en muchos campos, desde la historia económica y la historia de las mentalidades (ya que de un problema histórico se trata), aunque la historia del pensamiento económico recibe un trato especial. Además, la autora es de origen ruso, emigrante a Israel (donde le sorprendió que le clasificaran de religión judía, aunque era no creyente, y donde experimentó lo que podría ser un nacionalismo religioso), e instalada definitivamente en los Estados Unidos.

La respuesta

La tesis del libro (o la respuesta a la gran pregunta) aparece muy pronto. El título, evidentemente, tiene resonancias weberianas. El espíritu del capitalismo, para Weber, estaba en la ética protestante, y, más concretamente, en la ética calvinista. Greenfeld recoge el guante, pero cambia este espíritu: su obra parte de la idea según la cual el nacionalismo estaba en las «fuentes del espíritu del capitalismo». Pero después de un breve inicio, esta relación de segundo grado se transforma. La tesis central de la obra es pues que «el espíritu del capitalismo es el nacionalismo» (p. 58).

La confusión de Weber al apuntar a la ética protestante surge del estudio de la época en que aparecieron tanto la reforma como los estados nacionales europeos. Los estados

nacionales, absolutos, se formaron en la edad moderna, al tiempo que se unificaban las economías nacionales con las políticas mercantilistas, y coincidiendo con la reforma protestante. Por tanto, era posible buscar en la reforma la causa (el espíritu) del capitalismo. Pero para la autora, la esencia del mismo está en la búsqueda del crecimiento económico continuado, y esta búsqueda no se consigue a partir de la ética protestante, individualista, sino de un espíritu colectivo, que se encuentra en el nacionalismo. Este fue impulsor de la unificación política y económica, puesto que el beneficio por el beneficio no era suficiente, como el caso holandés demuestra.

A partir de esta premisa, la autora va analizando la aparición de este espíritu en distintos países europeos. De hecho, recoge aquí mucho material que ya había desarrollado en una obra anterior, *Nationalism: five roads to modernity*. Esta primera obra, muy discutida por historiadores alemanes y rusos, proponía una clasificación de los nacionalismos según dos ejes: individualista-colectivista, cívico-étnico, en los que clasificaba cinco casos: Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania y Rusia. Las críticas que se le dirigieron por olvidar aspectos económicos hicieron que abordase el estudio presente. Pero en este estudio histórico-económico se ha añadido un sexto caso, el del Japón, mientras que no se analiza el caso ruso.

La parte principal del libro se dedica al estudio de cada uno de los casos, en una forma que a menudo recuerda el estudio de Kindleberger sobre la hegemonía económica mundial, articulando razonablemente argumentos de la ideología del momento (tomada de obras influyentes en el campo del pensamiento económico), de historia de los hechos económicos, y evidentemente, de historia política. Y en este estudio van apareciendo resultados que, pese a su posible discusión, son planteados de forma convincente.

Las razones

De entrada sorprende que, si se plantea el problema del origen del crecimiento económico, el caso holandés no sea tratado en primer lugar. Holanda fue el primer país en alcanzar un nivel de desarrollo económico y, sin embargo, este caso se trata después del inglés. La razón estriba en la respuesta dada a la gran pregunta. Holanda no fue la primera economía moderna porque no fue la primera nación moderna. Había creado una red de intereses mercantiles entrelazados que creaban una unidad inseparable, pero era una red, no un colectivo. Y ello se debió, según la autora, a que nunca vieron el objetivo del crecimiento económico como un sinónimo de salud económica, ya que de hecho no constituían, a nivel económico, una unidad competitiva

Precisamente frente al dominio holandés alcanzado por esta red, Inglaterra creó un sentimiento colectivo que la llevó a poder superar a Holanda. El caso inglés es por lo tanto el primero que se analiza, desde la expulsión de los comerciantes de la Hansa hasta los escritos de Daniel Defoe, uno de los grandes exponentes del nacionalismo inglés en el campo económico.

Greenfeld parte de Adam Smith en su estudio del caso inglés, aunque sin examinarlo en profundidad, y seguramente el análisis de este autor podría dar más de sí. La inter-

pretación standard de Smith, como el gran defensor del liberalismo y del librecombio, se viene enseguida abajo al ver su defensa de las Navigation Acts, el principal instrumento económico del nacionalismo inglés, lo que permitía enmascarar su proteccionismo con necesidades de defensa nacional, y al mismo tiempo defender el librecombio para el resto de los países. En todo caso, la desmitificación del padre fundador es acertada, pero quizás demasiado corta.

Pero a lo largo de la obra surgen muchas más ideas dignas de ser estudiadas. La tesis weberiana puede dar lugar a un visión del *homo economicus* como un ser movido únicamente por el motivo beneficio en sí (que en palabras de Weber «aparece como totalmente trascendental y absolutamente irracional»), pero un *homo economicus* de este tipo no encontraría razonable la idea del crecimiento económico, sino el disfrute del beneficio obtenido vía consumo, con vistas a la utilidad y a la felicidad. Ya Keynes había dicho que la mera abstinencia no era suficiente para construir ciudades. Quizás porque los holandeses se quedaron a este nivel, individualista, del *homo economicus*, sus primeros pasos se quedaron solo en esto. Inglaterra, en cambio, transformó este motivo beneficio en un motivo crecimiento, pero para ello tuvo que añadir un objetivo colectivo, el de la nación, y con ello se convirtió en la primera economía moderna.

En el caso francés, la adopción de este espíritu colectivo solo vino en la segunda mitad del siglo XVIII, después que el estilo aristocrático fuese marginado, pero también a partir del efecto emulación que Inglaterra ejercía sobre los habitantes del continente, y especialmente de Francia. Pero también aquí surgen sorpresas. Esta obra distingue clase burguesa de clase capitalista, asignando a la segunda el impulso del crecimiento económico (por otro lado, muy fuerte), y teniendo en cuenta que esta clase capitalista surgía de la burguesía, pero también de la nobleza. De hecho, una fuerte campaña había ya legitimado las profesiones mercantiles (Greenfeld da la importancia que se merece a la obra de Coyer *La noblesse commerçante*). Pero lo que le daba unidad a esta nueva clase era precisamente el nacionalismo. Y en el campo del pensamiento económico, el nacionalismo llevó a que las propuestas fisiócratas no pudiesen ser vistas como un resultado de la anglofobia, sino como el resultado racional de las posibilidades económicas francesas, basadas en la agricultura.

El caso alemán es especialmente interesante puesto que nadie duda de la importancia del nacionalismo en la historia de su despegue en el siglo XIX. La autora da aquí especial importancia a la evolución de las ciencias económicas desde el cameralismo del siglo XVIII hasta el sistema nacional de List, pasando por el interludio de una economía cosmopolita. El nacionalismo alemán, articulado por los románticos y adaptado en sus usos económicos para las clases medias por List, fue un sentimiento masivo en la década de 1830, y a partir de este momento aparecieron los signos de un crecimiento económico continuo, que en tasas medias superó al francés, de la misma forma que éste había superado al inglés poco después de su lanzamiento. También aquí jugó el efecto emulación respecto de Francia. Este efecto, que era uno de los componentes del nacionalismo, llevó a la Guerra franco-prusiana y, finalmente, a las dos guerras mundiales.

Las dos últimas partes se dedican a los últimos llegados, Estados Unidos y Japón. El caso del Japón es el más lejano y, en buena medida, el más desconocido. Greenfeld describe el desarrollo del nacionalismo japonés desde la época Tokugawa y, en este

caso, la descripción histórica es mas amplia que en los otros capítulos. Pero no por ello olvida la descripción del pensamiento económico (de la mano de Tessa Morris-Suzuki), con unos curiosos paralelos: si Quesnay fue alabado como el «Confucio europeo», Kumazawa, un moralista samurai, es visto como el fisiócrata japonés. O también, el budismo zen adopta, para algunos autores, el papel de la ética calvinista. Sin embargo, también aquí el nacionalismo, más que cualquier ideología religiosa, ayudó a crear el sistema económico del período Meiji. La dificultad estriba en que las ideas económicas, en Japón más que en Occidente, surgían de la filosofía religiosa y a menudo es difícil desentrañar ambas partes.

La última parte, que debe leerse conjuntamente con el epílogo, se dedica al caso americano, la culminación de los ejemplos. Allí, el proceso se dio de forma natural, puesto que los americanos eran ingleses que ya tenían el nuevo espíritu integrado y, por lo tanto, no necesitaron la transformación colectiva del mismo. En el campo de las ideas económicas, la figura que emerge por sí sola es la de Hamilton, autor lamentablemente olvidado en las historias del pensamiento económico, que se opone, en buena media, a las ideas de Franklin (con su «estilo colonial»). Su propuesta industrializadora se analiza como un plan nacionalista de desarrollo económico, opuesto al que tenía Jefferson (de estilo agrarista). Pero las ideas de Hamilton, emparentadas (y en parte desarrolladas a través de contactos) con las de List (el teórico económico de la unificación alemana del siglo XIX) fueron las que formaron el «sistema americano», y son el origen de su desarrollo económico.

Pero mucho más importante es la transformación de estas ideas (que pasaron por Carey y otros economistas) hasta convertirse en un credo, el cual ayudó a la entronización de una elite intelectual, los economistas, como unos nuevos sacerdotes de una nueva religión. Desde este momento, era necesario que esta nueva religión contase con una liturgia y unos saberes esotéricos, negados al vulgo. Por ello, la economía científica fue adquiriendo cada vez más el carácter de saber formalizado, y abstracto, lejano de la realidad, pero que permitía mantener la identidad elitista del grupo. Pese a lo atractivo de esta afirmación, desgraciadamente se desarrolla en unas pocas páginas (470-472), y a un lector interesado por la historia del pensamiento económico le saben a poco.

Publicado el libro en el 2001, el epílogo recoge algunas experiencias actuales, a las que la autora da su propia interpretación. En el caso de la economía como ciencia, analiza las tendencias imperialistas de la ciencia económica americana en aras de la universalidad de sus propuestas, aunque el nacionalismo es perceptible también en las actuaciones de las empresas, americanas o no. Greenfeld subraya el nacionalismo americano del que surgen estas propuestas, y, por tanto, el particularismo de una economía científica que pretende ser universal. De haber sido escrito en el 2003, podría haber incluido los recientes desarrollos en Irak, y las propuestas de «ingeniería social» que pretenden de nuevo imponer no sólo una ciencia económica, sino todo un sistema político y social surgido de una visión nacionalista particular a toda una zona distinta. Pero esto necesitaría otro libro. Pese a estas afirmaciones finales, y leído el libro conjuntamente con su primera obra, no dejan de verse unas ciertas preferencias de la autora por un nacionalismo cívico, que en general identifica con individualismo: los nacionalismos alemán y ruso aparecen casi como nacionalismos «malos», aunque se hayan transformado en momentos posteriores a su aparición.

Las limitaciones

Seguramente una de las limitaciones más importantes de la obra surge de la definición de nación, que siempre, de hecho, se identifica en la obra con el estado-nación moderno. Y esta identificación no deja de crear ambigüedades, por lo menos aplicado a Gran Bretaña, puesto que el término nación se refiere a menudo a Inglaterra, mientras que otras veces se incluyen autores escoceses como Smith (aunque en el epílogo ya se habla de Inglaterra/GranBretaña). Por otro lado, se han dirigido algunas críticas a la expresión nacionalismo inglés (o británico) aplicadas a fechas anteriores a 1789, en que según algunos surgió este nacionalismo de forma reactiva a los procesos de la Revolución Francesa (y que coinciden con la entronización de las ideas modernas de nación). Sin embargo, los escritos analizados por la autora, desde Wheeler a Defoe, demuestran como a menudo el nacionalismo es como la prosa de Monsieur Jourdain, algo inconsciente. Y es fácil ver en Smith, tal y como se ha dicho, un componente importante de defensa de la nación, que legitimaba incluso las limitaciones a su librecambio. Seguramente, si el nacionalismo, tal y como se ve y se desgrana en este libro, ha ido surgiendo como reacción frente a algún vecino, en el caso inglés nació contra la Hansa, se desarrolló contra Holanda y se consolidó contra Francia.

Ligado a esta dificultad están los casos, no estudiados, de estados multinacionales, como el nuestro. La idea central que Greenfeld apunta merecería una nueva visión de los nacionalismos catalán y vasco: no fue el desarrollo económico el que les permitió madurar, sino que habría sido el mismo nacionalismo el que engendró el desarrollo económico diferencial dentro del Estado español. Una hipótesis que merecería ser estudiada, y que en el campo de la historia del pensamiento económico tuvo un primer inicio con las ideas que Ernest Lluich desarrolló en *Las Españas vencidas del siglo XVIII*.

Conclusión

Sin embargo, estos aspectos discutibles no desmerecen el resultado final: la obra es importante y será un punto de referencia en el futuro. En conjunto, un libro sugerente e innovador, tanto por el enfoque, como por la temática. Puede que algunas afirmaciones sean discutibles por generales, y que el punto de partida, la clasificación de los nacionalismos, no sea correcta para los politólogos. Pero incluso con las dificultades de algunos trazos, pinceladas de un cuadro que debe verse en su conjunto, el retrato final es incisivo.

LLUÍS ARGEMÍ